libertad, y que podía ser legalmente obligado á volver á la hacienda. Semejante informe habría hecho desesperar á un espíritu menos valeroso y formal que el de Granville Sharp; pero sólo sirvió para estimularle en su resolución de combatir por la libertad de los negros, por lo menos en Inglaterra. « Abandonado por mis defensores profesionales, dice, me ví obligado por falta de ayuda legal regular á hacer una tentativa de defensa propia, aunque ignoraba completamente la práctica de las leyes y sus fundamentos, no habiendo abierto nunca en mi vida un libro de derecho (excepto la Biblia) hasta ese momento, cuando con toda repugnancia emprendí la tarea de investigar en una colección de obras de derecho que había comprado recientemente un librero. »

Todo su tiempo estaba ocupado por el día con los asuntos del departamento de artillería é ingenieros, donde tenía el puesto más laborioso de su oficina; estuvo, pues, en la necesidad de hacer sus nuevos estudios por la noche ó de mañana. Confesó que él mismo se estaba convirtiendo en una especie de esclavo. Escribiéndole á un sacerdote amigo disculpándose por la tardanza de contestar á una carta, le decía : « Me declaro completamente incapaz de sostener una correspondencia literaria. El poco tiempo que he podido ahorrar del sueño en la noche, y temprano por la mañana, ha sido empleado necesariamente en el exámen de algunos puntos de derecho, que no admitían tardanza, y que sin embargo requerían las investigaciones y examen más diligentes en mi estudio. »

Durante los dos años siguientes dedicó el señor Sharp todo momento libre de que podía disponer, al estudio atento de las leyes inglesas que se referían á la libertad personal, caminando por una inmensa masa de literatura árida y repulsiva, y haciendo extractos de todos los más importantes Autos del Parlamento, resoluciones de los tribunales y opiniones de abogados eminentes, conforme iba adelantando. En esta investigación fastidiosa y prolongada, no tuvo ni instructor, ni ayudante, ni consejero. No pudo encontrar un solo abogado cuya opinión fuera favorable á su empresa. Los resultados de sus investigaciones fueron, sin embargo, tan halagüeños para él como sorprendentes para los señores del foro. « Gracias sean dadas á Dios, escribió, nada hay en ninguna ley ó estatuto ingleses, por lo menos que yo haya podido encontrar, que pueda justificar el es-

clavizar á otros. » Había sentado su planta en firme, y ahora de nada dudaba. Puso por escrito el resultado de sus estudios en una forma sumaria; era una exposición llena, clara y viril, titulada : « Sobre la injusticia de tolerar la esclavitud en Inglaterra, » y numerosas copias hechas por él mismo, fueron repartidas entre los abogados más eminentes de la época. El amo de Strong, viendo la clase de hombre con quien tenía que habérselas, inventó varios pretextos para diferir el litigio contra Sharp, y al fin propuso un arreglo, que fué rechazado. Granville continuó circulando su tratado manuscrito entre los abogados, hasta que finalmente, aquellos que estaban empleados contra Jonatán Strong, se desanimaron para continuar el proceso, y el resultado fué que el acusador tuvo que pagar el triple de las costas y gastos por no llevar adelante la acción entablada. El tratado fué impreso en 1769.

En el ínterin habían ocurrido otros casos de robar negros en Londres, y de su embarque para ser vendidos en las Indias Occidentales. Donde quiera que Sharp podía echarle la mano á uno de esos casos, en el acto tomaba las medidas necesarias para salvar al negro. Sucedió que la mujer de un tal Hylas, africano, fué cogida y enviada á las Barbadas; á consecuencia de lo cual entabló Sharp demanda legal en nombre de Hylas, contra el agresor, obtuvo una resolución favorable, con daños y perjuicios, y la mujer de Hylas fué traída otra vez libre á Inglaterra.

Habiendo ocurrido en 1770 otra captura violenta de un negro, acompañada de gran crueldad, se puso en el acto sobre la pista de los agresores. Un africano llamado Lewis, fué cogido en una noche obscura por dos boteros empleados por la persona que reclamaba al negro como propiedad suya, fué arrastrado á la ribera, echado en un bote, donde fué amordazado y atadas sus piernas; y en seguida, remando río abajo, le llevaron á bordo de un buque destinado á Jamaica, donde iba á ser vendido como esclavo al llegar á la isla. Sin embargo, los gritos del pobre negro habían llamado la atención de algunos vecinos, uno de los cuales se fué directamente á casa del señor Granville Sharp, conocido ya como amigo de los negros, y le refirió el atentado. Sharp obtuvo inmediatamente una orden del juez para volver á Lewis, y se dirigió á Gravesend, pero al llegar allí ya se había hecho el buque á la vela para los Downs. Se obtuvo un mandamiento de *hábeas corpus*, que fué enviado á Spithead, y antes

que el buque hubiese dejado las costas de Inglaterra habíase dado cumplimiento al mandamiento. El esclavo fué encontrado encadenado al palo mayor, bañado en lágrimas, dirigiendo tristes miradas á la tierra de que iba á ser arrancado. Fué libertado inmediatamente, vuelto á Londres, y un auto de prisión expedido contra el autor del atentado. La prontitud de la cabeza, del corazón, y del brazo, desplegada por el señor Sharp en esta circunstancia, difícilmente podría ser superada, y sin embargo, se acusaba á sí de lentitud. El caso fué juzgado ante lord Mansfield, cuya opinión, se recordará, que había sido opuesta decididamente á la que abrigaba Granville Sharp. El juez, sin embargo, evitó llevar el caso á una resolución, ni dió opinión alguna sobre la cuestión legal de la libertad personal del esclavo, ó de otro modo, pero dió por libre al negro porque el demandado no pudo presentar testimonio de que Lewis era su propiedad, ni aun nominalmente.

Así es que en Inglaterra quedaba sin decidirse la cuestión de la libertad personal del negro; pero en el ínterin continuó el señor Sharp firme en su empresa benévola, y gracias á sus esfuerzos infatigables y prontitud de acción, fueron agregados muchos otros á la lista de los salvados ya. Al fin ocurrió el caso importante de Jaime Somerset; caso que fué escogido, según el mutuo deseo de lord Mansfield y el señor Sharp, para traer á un resultado legal y claro, la gran cuestión que envolvía. Somerset había sido traído á Inglaterra por su amo, y dejado allí. Después trató de prenderle su amo, para enviarlo á Jamaica y venderle. El señor Sharp, como de costumbre, tomó en el acto parte en interés del negro, y empleó un abogado para defenderle. Lord Mansfield insinuó que el caso era de una importancia general tal, que iba á pedir la opinión de todos los jueces respecto de él. El señor Sharp sintió que iba á tener que contender con toda la fuerza que pudieran reunir en contra suya, pero de ninguna manera cambió de resolución. Afortunadamente para él en esta lucha formal, ya habían principiado á hacerse sentir sus esfuerzos : se tomó mayor interés en la cuestión y muchos hombres eminentes del foro declararon abiertamente que estaban de su parte.

La causa de la libertad personal, en peligro entonces, fué juzgada equitativamente ante lord Mansfield, ayudado por tres jueces, y juzgada sobre el principio amplio y claro del derecho

esencial y constitucional que tiene todo hombre en Inglaterra á la libertad de su persona, á menos de perderla por infracción de las leyes. Es innecesario entrar en ningún relato sobre este gran juicio; los argumentos se extendieron mucho; la causa fué dejada para otro término — siendo diferida y aplazada — pero al fin fué pronunciada la sentencia por lord Mansfield, en cuyo espíritu poderoso habían operado un cambio tan gradual los argumentos del abogado, basados principalmente sobre el tratado de Granville Sharp, que declaró entonces que la Corte estaba tan unánime en su opinión, que no había necesidad de enviar el caso á los dos jueces. Declaró luego que la demanda de esclavitud en ningún caso podría ser apoyada; que la facultad que se pretendía no había estado nunca en uso en Inglaterra, ni había sido reconocida por la ley; y por lo tanto, tenía que ser absuelto el individuo Jaime Somerset. Al conseguir Guillermo Sharp esta sentencia abolió completamente el tráfico de esclavos, que hasta entonces se había hecho públicamente en las calles de Liverpool y de Londres. Pero también estableció firmemente el glorioso axioma de que, tan luego como un esclavo pone su pie sobre el suelo inglés, es libre desde el mismo momento; y no puede dudarse de que esta resolución de lord Mansfield se debió principalmente á la firme, resuelta é intrépida prosecución de la causa hecha por el señor Sharp desde el principio hasta el fin.

Ya es innecesario seguir más adelante la carrera de Granville Sharp. Continuó trabajando infatigablemente en todas las obras buenas. Fué la causa de fundar la colonia de Sierra Leona como un asilo para los negros salvados. Trabajó en mejorar la condición de los indígenas en las colonias americanas. Agitó la ampliación y extensión de los derechos políticos del pueblo inglés, y se esforzó en realizar la supresión de las levas para la marina. Sostenía Sharp que el marino inglés, lo mismo que el negro africano, tenía derecho á la protección de la ley; y que el hecho de que él escogiera la vida de mar, de ninguna manera le privaba de sus derechos y privilegios de inglés, entre los cuales ponía él como el primero la libertad personal. El señor Sharp se empeñó también, aunque sin resultado favorable, en restablecer la amistad entre Inglaterra y sus colonos en América ; y cuando estalló la guerra fratricida de la revolución americana, fué tan escrupuloso su sentimiento de integridad, que, dispuesto á no tener participación alguna en un asunto tan con-

trario á la naturaleza, renunció su empleo en el departamento de artillería é ingenieros,

Hasta el fin trabajó en el gran propósito de su vida, la abolición de la esclavitud. Para llevar adelante su obra, y organizar los esfuerzos de los crecientes amigos de la causa, fué fundada la Sociedad para la abolición de la esclavitud, y nuevos hombres, inspirados por el celo del ejemplo de Sharp, salían y ofrecían ayudarle. Su energía se hizo común y la abnegación con que había trabajado solo por tanto tiempo, se transmitió finalmente á la nación misma. Su manto cayó sobre Clarkson, sobre Wilberforce, sobre Brougham, y sobre Buxton, quienes trabajaron como él lo había hecho antes, con igual energía y firmeza de propósito, hasta que al fin fué abolida la esclavitud en todos los dominios británicos. Pero aunque los nombres mencionados puedan ser identificados más frecuentemente con el triunfo de esta gran causa, pertenece indudablemente el mérito principal á Granville Sharp. No fué estimulado por ninguna de las aclamaciones del mundo cuando puso manos á la obra. Estuvo solo, opuesto á la opinión de los más hábiles abogados y á las preocupaciones más arraigadas de su tiempo, y solo combatió, con sus esfuerzos personales, y á su costo particular, la más memorable batalla por la constitución de este país y la libertad de los súbditos británicos, de que hagan mención los tiempos modernos. Lo que se consiguió fué naturalmente consecuencia de su infatigable constancia. Encendió la antorcha que iluminó á otros espíritus, y fué pasada de mano en mano hasta que la luz se hizo completa.

Antes de la muerte de Granville Sharp, ya había dirigido Clarkson au atención á la cuestión de la esclavitud del negro. Hasta la había escogido como tema de una conferencia de colegio, y su espíritu se preocupó tanto con ella que no podía desecharla ni por un momento. Aún se señala el lugar, cerca de Wade Mill, en Hertfordshire, donde un día bajó del caballo, y sentándose desconsolado sobre el césped al lado del camino, resolvió, después de madura reflexión, consagrarse por completo á esa tarea. Tradujo su disertación del latín al inglés, le agregó nuevos ejemplos y la publicó. Entonces se agruparon en torno suyo otros compañeros de trabajo. Ya había sido formada la Sociedad para la abolición de la esclavitud, aunque él lo ignoraba; pero una vez que lo supo se unió á ella. Sacrificó todas

sus esperanzas futuras en la vida para consagrarse á esta causa. Wilberforce fué elegido para dirigir el debate en el Parlamento; pero le tocó principalmente á Clarkson la tarea de reunir y arreglar la inmensa masa de pruebas presentada en apoyo de la abolición. Un notable ejemplo de la especie de perseverancia de *perro perdiguero* de Clarkson, puede citarse aquí. Los patronizadores de la esclavitud, sostenían en el curso de su defensa del sistema, que sólo eran vendidos como esclavos aquellos negros cogidos en calidad de prisioneros de guerra, y que si no eran vendidos así, les estaba reservada una suerte más espantosa en su país. Clarkson conocía la caza de esclavos hecha por los traficantes, pero no tenía testigos para probarlo. Un caballero con quien se relacionó casualmente en uno de sus viajes, le informó que había un marinero joven, en cuya compañía estuvo hacía como un año, que efectivamente había estado ocupado en esas expediciones de caza de esclavos. El caballero no sabía su nombre, y apenas pudo dar imperfectamente su filiación. No sabía dónde estaba, sino que pertenecía á un buque de guerra en actual servicio, pero no sabía en qué puerto. Con esta escasa parte de informes, se resolvió Clarkson á presentar á este individuo como testigo. Visitó personalmente todos los pueblos puertos de mar en que había buques en actual servicio; visitó y examinó todos los buques sin resultado favorable, hasta que llegó al *último* puerto, y encontró al joven, su premio, en el *último* buque que quedaba por visitar. El joven resultó ser uno de sus más valiosos y eficaces testigos.

Durante varios años tuvo Clarkson correspondencia con más de cuatrocientas personas, viajando en busca de pruebas, más de treinta y cinco mil millas. Al fin quedó imposibilitado y agobiado por una enfermedad, producida por sus contínuos esfuerzos; pero no abandonó el campo hasta que su celo hubo despertado por completo el espíritu público, y animado las ardientes simpatías de todos los hombres buenos en favor del esclavo.

Después de varios años de prolongada lucha, fué abolido el tráfico de esclavos. Pero faltaba aún que llevar á cabo otra gran hazaña; la abolición de la esclavitud en todos los dominios de la Gran Bretaña. Y en ello ganó otra vez el triunfo la energía resuelta. De los corifeos de la causa, nadie era más distinguido que Fowell Buxton, que tomó la posición ocupada antes por Wilberforce en la cámara de los comunes. Buxton fué un

joven tardo y falto de espíritu, que se distinguía por su terquedad, al principio manifestada en una obstinación violenta, dominante, y testaruda. Su padre murió siendo él aún niño; pero afortunadamente tenía una madre discreta, que educó su voluntad con gran cuidado, obligándole á obedecer, pero estimulándole en el hábito de decidir y obrar por sí mismo en asuntos que se le podían encargar con seguridad. Su madre creía que una voluntad fuerte, dirigida hacia objetos dignos, era una cualidad valiosa y viril si la guiaban convenientemente, y obró de conformidad con esto. Cuando otros comentaban la terquedad del niño, se limitaba ella á decir: « No importa — ahora es terco — ya veréis como después ha de cambiar favorablemente. » Fowell aprendió muy poco en la escuela, y era considerado como un zote y un holgazán. Hacía que otros niños le hiciesen sus ejercicios, mientras andaba retozando y riñendo por otras partes. Regresó á su casa á los quince años de edad, hecho un muchachón, crecido y desairado; gustando únicamente andar remando por el río, cazando, correteando á caballo, y de todo entretenimiento de caza, pasando su tiempo principalmente con el guarda del coto, hombre que tenía un buen corazón, y que era observador inteligente de la vida y de la naturaleza, aunque no sabía leer ni escribir. Buxton tenía en sí excelente materia primera, pero carecía de cultura, de educación y de adelantos. En esta sazón de su vida, cuando sus hábitos se estaban formando para el bien ó para el mal, entró afortunadamente en la sociedad de la familia Gurney, distinguida por sus bellas cualidades sociales no menos que por su cultura intelectual y filantropía decidida hacia todos. Este trato con los Gurney dió colorido á su vida, según lo decía después. Estimularon sus esfuerzos por su cultura propia; y cuando fué á la universidad de Dublín y ganó los primeros premios, constituyó la pasión alentadora de su espíritu, segun él *poderles llevar los premios que ellos me habían estimulado á ganar*. Se casó con una de las hijas de la familia, y comenzó su vida como dependiente de sus tíos Hambury, fabricantes de cerveza en Londres. Su fuerza de voluntad, que lo hacía ser tan difícil de manejar cuando era muchacho, formaba entonces *la espina dorsal* de su carácter, y le hizo ser infatigable y enérgico en todo lo que emprendía. Echó toda su fuerza y su peso sobre el trabajo; y el gran gigante, le llamaban el *elefante Buxton*, pues tenía seis pies, cuatro pulgadas de

altura llegó á ser uno de los hombres más vigorosos y prácticos. « Podía, dice — hacer cerveza en una hora, hacer matemáticas en la inmediata, y cazar en la siguiente, y cada una de estas cosas con todo mi corazón y voluntad. » En todo lo que hacía había energía invencible y determinación. Recibido en calidad de socio, fué el administrador activo de la empresa; y el vasto negocio que dirigía sentía su influencia en todas sus fibras, y prosperó mucho más allá de lo que hasta entonces. Ni tampoco dejó que su espíritu permaneciera ocioso, pues ocupaba sus noches activamente en el cultivo intelectual, estudiando á Blackstone, Montesquieu, y sólidos comentarios de las leyes inglesas. Sus máximas de lectura eran: — *No principiar nunca un libro sin concluirlo; no considerar que se ha concluído de leer un libro hasta que no esté uno bien posesionado del contenido, y estudiar todas las cosas con el mayor propósito de atención.*

Buxton entró en el parlamento cuando no tenía más que treinta y dos años, y en el acto tomó allí esa posición de influencia que todo hombre honrado, formal é instruído, está seguro de obtener al entrar en aquella asamblea compuesta de los primeros caballeros del mundo. La primer cuestión á que se consagró fué la emancipación completa de los esclavos en las colonias británicas. Acostumbraba atribuír el interés que desde un principio había experimentado por esta cuestión, á la influencia de Priscila Gurney, de la familia de Earlham, mujer de inteligencia superior y ardiente corazón, conjunto de ilustres virtudes. Cuando estaba en su lecho de muerte, en 1821, mandó llamar repetidas veces á Buxton, y le pedía con vehemencia que *hiciera de la causa de los esclavos el gran propósito de su vida.* Su último acto fué el intento de reiterar el encargo solemne, y murió en medio de un esfuerzo ineficaz. Jamás olvidó Buxton su consejo; dió á una de sus hijas el nombre de Priscila; y el día en que se casó y salió de su casa, el 1.° de agosto de 1834 — día de la emancipación de los negros — después que su Priscila había sido manumitida de su servidumbre filial, y había dejado la casa de su padre en compañía de su esposo, sentóse Buxton y escribió á un amigo: « ¡La novia acaba de irse; todo ha tenido lugar admirablemente, y *no hay un solo esclavo en las colonias británicas!* »

Buxton no era un genio, ni un gran poder intelectual, ni un

descubridor, sino un hombre virilmente serio, recto, resuelto, y enérgico. Todo su carácter está expresado del modo más enérgico en sus propias palabras, que los jóvenes deberían tener grabadas en su alma : « Cuanto más vivo, dijo, tanto más me convenzo de que la gran diferencia entre los hombres, entre el el débil y el fuerte, el grande y el pequeño, es la *energía—invencible determinación* — un propósito fijado una vez, y después; la muerte ó la victoria ! Esa cualidad realizará cualquier cosa que pueda hacerse en este mundo; y sin ella ningún talento, ninguna circunstancia, ninguna oportunidad, harán de una criatura bípeda *un hombre.* »

CAPITULO IX

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

¿Ves á un hombre activo en sus negocios? estará de pie, ante los reyes. — PROVERBIOS DE SALOMÓN (1).

El hombre que no está educado en los negocios, pertenece sólo á la parte inferior de la sociedad. — OWEN FELTHAM (2).

Hazlitt, en uno de sus notables ensayos, representa al hombre de negocios como una clase de persona ruin tirando de una carretilla, uncida á un tráfico ó profesión; sosteniendo que toda su obligación es no salirse de su camino trillado, limitándose á dejar que sus asuntos sigan su propio curso. « El gran requisito, para el manejo próspero de los negocios ordinarios, dice, es la falta de imaginación; ó de alguna idea fuera de aquellas de la costumbre y del interés en la escala más limitada. » (3.) Pero nada puede ser más injusto ni menos verdadero, que semejante definición. Por supuesto que hay hombres de negocios de pocos alcances, como hay hombres científicos de entendimiento limitado, literatos, y legisladores; pero también hay hombres de negocios de espíritu vasto y comprensivo, capaces de una acción llevada á su más vasta escala. Como ha dicho Burke en su dis-

(1) *Seest thou a man diligent in his business ? he shall stand before kings.* — PROVERBS OF SALOMÓN .
(2) *That man is but of the lower part of the world that isn't brought up to business and affairs.* — OWEN FELTHAM.
(3) *El pensamiento y la acción.*